

fico en la historia de la espiritualidad católica, cobra en nuestro siglo especial relieve, sobre todo a partir de estudios críticos como el de Fawtier (a. 1921) y como consecuencia del creciente interés por la eclesiología. No es que Sta. Catalina sea eclesióloga en el sentido técnico de la palabra; pero aquella mujer singular, que no sabía escribir —se servía de amanuenses— y apenas leía correctamente, es el prototipo de amor a la Iglesia, por cuya unidad externa y por cuya reforma auténtica trabajó con admirable eficacia mediante la oración, la doctrina y el carisma de sus peculiares dotes persuasivas. En la trastienda de sus escritos, dictados a hombres tan eminentes como su director-dirigido el Beato Raimundo de Capua, no habrá que buscar un esquema escolástico pero se encuentra un profundo conocimiento de la teología de la época. Es como una “enciclopedia de la divina doctrina” (p. 25), con solidez, claridad y coherencia, volcada en un toscano que hace de Santa Catalina una gloria de la literatura italiana. Además refleja maravillosamente la situación eclesial de aquellos difíciles tiempos (ella vive de 1347 a 1380), cuando el Papa está en Aviñón, cuando se sufre la tragedia del cisma de Occidente, gran parte del clero vive en la relajación y pululan movimientos tan inquietantes como el de los fraticelli o el de los wyclefitas. Ella es la fiel servidora de la Iglesia, permanentemente a la escucha del Señor en sus arrobamientos y éxtasis pero con los pies bien puestos en la tierra de los hombres, cuya salvación es la preocupación máxima de su vida, en concordancia con su Amado.

La obra se enriquece con una introducción general, breve y documentada, de carácter biográfico, en la que el autor nos da las claves para una provechosa lectura de los textos catalinianos. Pese a su austeridad, ofrece un rimero de datos con laudable sentido crítico. A este mismo criterio se atiene en las respectivas introducciones al *Diálogo* (p. 41-53) y a *Oraciones y soliloquios* (p. 437-444), en las que el lector queda suficientemente informado acerca de la composición, coordinadas, contextura y objetivos de esas obras. Luego, a lo largo de la edición, hace útiles regestos, da en cada caso el enmarque histórico necesario y hace anotaciones sobrias. Finalmente los índices literario y de materias hacen un gran favor al estudioso y aun al lector sencillo que quiera acercarse a los textos que le interesen en un momento determinado. Algunas viñetas, tomadas de viejos grabados, ambientan agradablemente la obra.

N. L. M.

AA. VV., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona 1982, 497 págs.

La configuración del Opus Dei como prelatatura personal —la primera aplicación de esta estructura pastoral creada por el conc. Vaticano II—, su diamantina unidad interior y su dinamismo apostólico gra-

cias a su “organización desorganizada” —palabras del Fundador—, que expresa la ebullición de las iniciativas personales de sus socios, junto con su presencia eficazmente activa en toda clase de actividades humanas con gente de 87 nacionalidades son —entre otros— algunos de los rasgos del Opus Dei. Es lógico que quien se fije en ellos desee ahondar en el conocimiento del espíritu vivificador de esta realidad pastoral nueva en la historia de la Iglesia. La respuesta se halla en este libro, con el cual la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra conmemora las Bodas de Oro, que el Opus Dei celebró el 2 de octubre de 1978 para la sección de varones y el 14 de febrero de 1980 para la de mujeres.

Es de agradecer al equipo de redacción, dirigido por Pedro Rodríguez, Pío G. Alves de Sousa y J.-M. Zumaquero, el innegable acierto en la estructuración y el concierto de las respuestas así como sus tonos. Se abre la obra con unas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer que describen su *iter* en su doble vertiente: la personal y la fundacional, inseparablemente entrelazadas. El texto —inédito hasta ahora— reproduce palabras pronunciadas por él tres meses antes de su muerte; ponen de relieve la condición sobrenatural del Opus Dei por su origen, por su naturaleza, por sus fines y hasta por su nombre: condición sobrenatural que ha sido reconocida y confirmada autorizadamente por el Papa cuando al comienzo de la Constitución apostólica *Ut sit* (28.XI.1982; cf. AAS 75 (1983) 523-25) afirma que el Opus Dei fue fundado “con divina inspiración”. El 2 de octubre de 1928 Josemaría Escrivá de Balaguer “vio —empleó siempre esta palabra— la Obra” (J. L. Illanes, p. 80). De ahí el acierto del título escogido *De la mano de Dios*. A continuación, Mons. Alvaro del Portillo, actual prelado del Opus Dei, expone los aspectos más destacados de *El camino del Opus Dei* —título del texto—: características, originalidad, significación en la historia de la Iglesia y en su espiritualidad, realizaciones apostólicas, proyección social, misión de los laicos y de los sacerdotes, etc.

Los trece capítulos de la segunda parte recogen con fidelidad su título conjunto: *La figura y la enseñanza del Fundador del Opus Dei*. En algunos de ellos predomina el testimonio personal de sus autores así como su valoración eclesial e histórica del Fundador del Opus Dei. Así acaece con el primero y el último de esta sección: *Un hombre a la medida de la Iglesia* y *La huella de un hombre de Dios* de los cardenales Franz König y Marcelo González respectivamente así como el de C. Burke, *Una dimensión de su vida: el amor a la Iglesia y al Papa* (pp. 339-50) y el del escritor alemán P. Berglar, *Mi encuentro con Josemaría Escrivá de Balaguer* (pp. 351-62). En los restantes prevalece el análisis teológico de los aspectos principales de su enseñanza. Muestran la verdad de lo que no sin insistencia afirmaba su Fundador, a saber, que el Opus Dei “es viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo”, un fenómeno pastoral que entronca con la vida de los primeros cristianos. El Opus Dei saca a luz, pone de relieve y trata de encar-

nar con vibración no amortiguada unas cuantas verdades y realidades cristianas que habían permanecido en la práctica como veladas durante siglos, en algunos casos conservadas casi simplemente como objeto de estudio y especulación. Por eso puede hablarse de originalidad y de novedad en las enseñanzas y espiritualidad del Opus Dei, pero que hunden sus raíces en el suelo fértil del Evangelio. Con fuerza y densidad lo declara su Fundador: "Tenía yo veintiséis años, la gracia de Dios y buen humor: nada más. Pero así como los hombres escribimos con la pluma, el Señor escribe: eso es lo increíble, eso es lo maravilloso, con la pata de la mesa, para que se vea que es El el que escribe... Había que crear toda la doctrina teológica y ascética, y toda la doctrina jurídica. Me encontré con una solución de continuidad de siglos; no había nada. La Obra entera, a los ojos humanos, era un disparatón. Por eso, algunos decían que yo estaba loco y que era hereje, y tantas cosas más" (p. 88).

He aquí las principales "luces nuevas", vueltas a encender con toda su potencia y esplendor:

1.—La secularidad o santificación del cristiano en medio del *saeculum*, "siglo" o mundo, en el propio estado: casado o célibe, hombres o mujeres, jóvenes o viejos, laicos o sacerdotes seculares, viviendo las virtudes humanas y cristianas por la fuerza de un "compromiso de amor", con un vínculo contractual, no de los tres votos específicos de los institutos de vida consagrada (J.-M. Casciaro, *La santificación del cristiano en medio del mundo*, pp. 101-60; J. de Bourbon-Busset, *El matrimonio, vocación sobrenatural*, pp. 211-14; J. L. Illanes, *Dos de octubre de 1928: alcance y significado de una fecha*, pp. 87-99).

2.—La llamada universal a la santidad se oye y se vive en medio del mundo y del trabajo profesional, con otras palabras, el cristiano tiene la obligación de ser santo en la propia profesión, en el trabajo de cada uno —manual, intelectual, doméstico, etc., de los laicos y en el ministerial de los sacerdotes seculares—, santificándolo ("trabajo santificable y santificado" al ser hecho "con perfección humana —competencia profesional— y con perfección divina —en gracia de Dios y con rectitud de intención—"), santificándose en él ("el trabajo santificador" o medio de santidad personal del trabajador) y santificando a otros con él (el trabajo, instrumento de apostolado) (J.-M. Aubert, *La santificación del trabajo*, pp. 201-10).

3.—El sentido de la filiación divina, fundamento del mensaje espiritual del Opus Dei. Todo el ser y el obrar del cristiano: su trabajo, su libertad, oración, apostolado, alegrías, dolores, etc., deben ser trabajo, libertad, oración, etc., de un hijo de Dios en Cristo y en la Iglesia (F. Ocariz, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, p. 161-200).

4.—La contemplación del Señor *die noctuque* (J. M. Casciaro, página 139 ss.) o la actuación del "alma sacerdotal", definitoria de todo

cristiano —hombre o mujer— por el hecho de su bautismo o inserción en Cristo, talante subjetivo de quien es y se sabe hijo de Dios (María Mercedes Otero, *El "alma sacerdotal" del cristiano*, pp. 277-302).

5.—La llamada universal al apostolado. El ser apóstol las veinticuatro horas del día y el hacer apostolado o la "vibración apostólica", eco e irradiación de la santidad personal, apostolado "desorganizado" de "amistad y confidencia", por el cual los primeros cristianos cristianizaron el mundo pagano de su tiempo y nosotros recristianizaremos el pagano del nuestro (L. Alonso, *La vocación apostólica del cristiano en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, pp. 215-76).

6.—La unidad de vida, sinfonía maravillosa de oración que es trabajo y apostolado, de trabajo que se realiza contemplativamente y es ocasión y medio de apostolado, de apostolado que a la vez es oración y trabajo (I. de Celaya, *Unidad de vida y plenitud cristiana*, pp. 303-22).

7.—El primado existencial —tanto natural como sobrenatural— de la libertad sin la cual no es posible perfección ni mérito alguno (C. Fabro, *El primado existencial de la libertad*, pp. 323-37).

La tercera parte es un análisis bibliográfico, completo hasta la fecha, de las obras publicadas de Mons. Escrivá de Balaguer y de los escritos (libros, artículos) sobre el Opus Dei y sobre su Fundador (L. F. Mateo-Seco, pp. 375-460). Permite captar nuevas matizaciones de los rasgos característicos del Opus Dei —ya pergeñados— desde perspectivas variadas, a veces nuevas, al mismo tiempo que descubre al lector catas, con frecuencia monográficas, de distintos aspectos teológicos, pastorales, ascéticos y culturales, capaces de saciar el ansia legítima del lector por ahondar en el conocimiento de Mons. Escrivá de Balaguer.

El libro se cierra con *El eco universal de una vida santa: testimonios* (pp. 461-89), donde T. López espiga —en panorámica completa, a veces pormenorizada— el contenido de las manifestaciones y de los testimonios aparecidos ordinariamente en la prensa diaria a partir del fallecimiento, en olor de santidad, de Mons. Escrivá de Balaguer, en Roma, el 26 de junio de 1975.

Por su estructuración, por los enfoques y el contenido de los diferentes capítulos así como por la manera de desarrollarlos, por lo que expone y por lo que insinúa y sugiere, sin olvidar su pulcritud tipográfica, es evidente el alcance de esta obra, modélica en su género. Y, por descontado, salta a la vista que nos brinda el análisis más completo de los existentes sobre el Opus Dei y sobre las enseñanzas de su Fundador.

MANUEL GUERRA GÓMEZ